

JAVIER MARTÍNEZ-BROCAL

# EL PAPA DE LA MISERICORDIA

# Índice

INTRODUCCIÓN	11
1. MÉXICO-ROMA-MÉXICO	13
2. EN BUSCA DE UN PAPA	25
3. GEORGIUM MARIUM	37
4. EL PADRE JORGE	45
5. EL SASTRE PUEDE ESPERAR	53
6. EL MENSAJE MÁS FUERTE DE DIOS	69
7. UN PROGRAMA DE GOBIERNO	81
8. DONDE SEA MÁS NECESARIO	91
9. MISERICORDIA CON LA TIERRA	107
10. EL PAPA-INMÓVIL	119
11. PRIMERO, LAS PERSONAS	129
12. NI TARZÁN NI SUPERMÁN	143
13. DURMIENDO LAS DIFICULTADES	153
14. EL PODER DEL PAPA	165
15. CUSTODIAR LA MEMORIA	175
16. UN MÁNAGER COMO IRMA LA DULCE	189

17. PONER EN JUEGO EL CORAZÓN	203
18. CURAR HERIDAS	215
EPÍLOGO	235

## SELECCIÓN DE TEXTOS DE FRANCISCO SOBRE LA MISERICORDIA

1. ACOGER CON MISERICORDIA	239
2. ANUNCIAR LA MISERICORDIA	247
3. CONFESIÓN	253
4. CONTRICIÓN	257
5. CULTIVAR LA MISERICORDIA	263
6. DIOS PADRE MISERICORDIOSO	267
7. MUERTE Y JUICIO FINAL	273
8. OBRAS DE MISERICORDIA	275
9. PERDONAR	279
AGRADECIMIENTOS	285

*A mis padres,  
los primeros que me hablaron  
del Papa*

## Introducción

El sueño de cualquier periodista es toparse con una buena historia o con un gran personaje. Si tienes la suerte de encontrar las dos piezas juntas, sientes algo parecido a lo que un violinista ante un Stradivarius. Nunca imaginé que era justo lo que el destino me estaba preparando. Tropecé con ellas en un lugar como Roma, donde, a esa mezcla explosiva, se añade un escenario maravilloso.

Roma combina gloria y miseria, orden y anarquía, belleza y crueldad. Los romanos lo han sido todo: emperadores victoriosos y reyes derrotados, pecadores sin escrúpulos y santos enamorados, ejércitos brutales y soldados liberadores. No es fácil impresionarles: han construido el Coliseo, la piazza del Popolo y el Vaticano; han visto a César Augusto, a Helena de Constantinopla, a Catalina de Siena, a Martín Lutero, a Napoleón Bonaparte, a Juan Pablo II.

Hace pocos años, un lluvioso día de marzo, se enamoraron apasionadamente y a primera vista de un extranjero, un argentino prácticamente desconocido.

—Es uno de nosotros, uno dispuesto a cambiar las cosas —decían.

A ambos lados del Tíber se propagaron como la pólvora rumores sobre inminentes documentos, pasos decisivos, declaraciones radicales, reformas.

Al cabo de las semanas los cambios no llegaban y empecé a inquietarme. Quizá las expectativas eran demasiado altas; quizá el entusiasmo inicial fuera sólo fruto de la novedad de un papa con corazón latino; quizá en poco tiempo se abriría paso una fría cordialidad entre el argentino y la gente.

Pero de repente, sin que nadie nos avisara, vi rígidos protocolos que pasaban a segundo plano; costumbres de siglos que me habían parecido fundamentales se sustituían por otras más eficaces; fronteras, distancias y recelos que se convertían en algo del pasado.

Sin cambiar aparentemente nada, ese hombre de blanco estaba desencadenando un dinamismo nuevo en la institución más antigua del mundo. Y lo estaba haciendo sin nuevas leyes, sin cumbres de expertos, sin solemnes decretos.

Se me estaba escapando algo.

Como debo escribir noticias sobre Francisco todos los días, noté que había un elemento que siempre se repetía en ellas. En cada vídeo que yo enviaba a las televisiones había un gesto del Papa, un pequeño episodio o un detalle «doméstico» aparentemente irrelevante. Al principio yo los usaba para «sazonar» las noticias sobre discursos y encuentros. Pero poco a poco vi la potencia que desplegaban. Con ellos, el argentino estaba llegando donde pocos lo habían hecho antes.

Tuve que rendirme y empezar a trabajar de otro modo. Era absurdo cubrir el pontificado prestando atención sólo a su mesa de trabajo. Comprendí que no estaba ante uno de esos «grandes personajes» que cambian leyes para reformar instituciones. Francisco no se había propuesto cambiar el Vaticano o la Iglesia, tenía un horizonte mucho más ambicioso.

Me di cuenta de que estaba ante un gigante, uno de esos que aparecen pocas veces en la historia, capaces de cambiar los corazones de la gente. Francisco no estaba cambiando la doctrina, estaba cambiando la cultura. El nuevo Papa estaba cambiando el mundo.

## MÉXICO-ROMA-MÉXICO

La historia del primer papa americano no comienza ni en Roma ni en Buenos Aires, sino en México. En concreto en una ciudad situada en el centro del país, León, en el Estado de Guanajuato. Se sabe incluso el momento exacto, la noche del 24 al 25 de marzo de 2012. Allí, un pequeño accidente doméstico desencadenó el efecto mariposa que provocó la renuncia de Benedicto y más tarde la elección de Francisco.

Cuando subimos al avión papal, los periodistas que estábamos cubriendo la visita de Benedicto XVI a México y Cuba, no podíamos imaginar que se trataba de su último viaje al otro lado del Atlántico. Nos había dado una señal de alarma en Roma cuando, al llegar al aeropuerto de Fiumicino, se bajó del coche con un bastón en la mano. Desde hacía meses tenía algunas dificultades de equilibrio, probablemente a causa de problemas de visión en un ojo, y sabíamos que cuando estaba en su casa caminaba con el bastón. Pero era la primera vez que lo llevaba en público. Y, efectivamente, sólo lo llevó porque caminó y subió las escalerillas con el bastón en la mano, sin apoyarlo en el suelo.

Benedicto estaba a punto de cumplir 85 años, y desde hacía meses le veíamos cada día más fatigado. Sin embargo, no perdía ni la sonrisa ni el buen humor. Durante el vuelo hacia México vino a saludarnos a la zona reservada a la prensa y no faltaron las

bromas. El mexicano Javier Alatorre le regaló un iPod de color blanco con 14 horas de música mexicana.

—Usted es un Papa muy tecnológico, sabemos que le gustan las tecnologías, seguro que lo aprecia —dijo con guasa a Benedicto, quien escribía usando lápiz y goma de borrar.

Al Papa le hizo mucha gracia. No se esperaba la broma y reaccionó sorprendido dándole una palmada de reproche en las manos. Pero, por supuesto, aceptó el iPod entre tímidas risas.

De cerca, Benedicto era tierno y delicado con todos. De lejos, daba la impresión de ser un pontífice estricto, serio y distante. Por eso durante el vuelo hacia León nos preguntábamos si el cálido pueblo mexicano lo recibiría con el frío temor reverencial reservado a un líder intelectual o, como a Juan Pablo II, con el entusiasmo encendido que corresponde a uno más de la familia.

Nada más aterrizar vimos que, en este país, un Papa es un Papa. Y que México es siempre México.

En la ciudad de León se desencadenó la *papamania*. Las personas se volcaron con él desde que el Airbus tocó suelo mexicano. A pesar del bastón, del *jet lag* y de las casi 14 horas de vuelo, el Papa bajó con energía las escalerillas del avión y repartió sonrisas encantado y divertido mientras los mariachis que le dieron la bienvenida en la pista tocaban *Guadalajara* con sus violines y trompetas.

Bajo un sol luminoso que nos enamoró a quienes llegábamos de meses de invierno romano, partió en papamóvil rumbo a la ciudad. Los periodistas lo seguíamos a pocos metros de distancia, en un autobús. Me puse en primera fila y desde allí veía perfectamente la espalda del Papa. Fue un trayecto conmovedor porque, a lo largo de los 34 kilómetros de recorrido, había una fila interminable de personas que esperaban para saludarlo. Eran de todas las edades, niños, jóvenes y ancianos. No dejaron ni un centímetro libre. A su paso lo llamaban por su nombre, abrían los brazos, saludaban, sonreían. Lo miraban y nos miraban con ojos cargados de una emoción genuina e inexplicable que no recuerdo haber visto en Europa.



—Qué pena que haya pasado tan rápido el Papa, ¿verdad? Imagino que usted regresa ahora a casa un poco decepcionada, ¿no? —comentó con sinceridad uno de mis compañeros de la Televisión Azteca a una anciana señora que había esperado durante horas en la calle para ver pasar a Benedicto desde un buen sitio.

—¡Qué va! Usted no lo entiende... —respondió radiante la mujer.

—¿El qué?

—Yo no he venido para ver al Papa, sino para que el Papa vea cuánto le queremos.

México es México.

A media tarde Benedicto llegó a su residencia, el Colegio Miraflores. Allí durmió y pasó su primera mañana paseando por los jardines y leyendo, para acostumbrarse al nuevo horario. Ese día sólo tuvo un evento público. Fue por la tarde, a unos 60 kilómetros, en Guanajuato, una bellísima ciudad colonial y universitaria con hermosas casas color ocre, calles de piedra y un fascinante entramado de túneles. En el edificio más importante de la ciudad, la Casa del Conde Rul, se reunió de nuevo con el presidente Felipe Calderón y después, desde el balcón que asoma a la plaza de la Paz, habló a los niños del país. Luego regresó a Miraflores.

Fue entonces cuando comenzó a fraguarse esta historia.

Como es habitual, Benedicto cenó con las pocas personas que le acompañaban: sus secretarios, su médico, el nuncio, quizá también el secretario de Estado. Aquella tarde había vivido grandes emociones, y por la mañana, al día siguiente debía celebrar una misa multitudinaria en el Parque del Bicentenario, el evento más importante de la visita, y luego tenía previsto reunirse en la catedral con obispos de toda América Latina. Por eso, decidieron irse pronto a dormir.

Durante la madrugada, el Papa se despertó. Necesitaba levantarse para ir al baño. La pequeña fatalidad de la historia es que no encontró el interruptor de la luz y se movió a tientas por una

habitación que no conocía. Y ocurrió lo que nadie quería, realizó un movimiento brusco, se golpeó la cabeza y se hizo un pequeño corte. No fue nada grave, de hecho, ni siquiera tuvo que llamar al médico. Pero la herida manchó de sangre la almohada y la moqueta.

La mañana siguiente, no dijo nada a quienes le acompañaban, pero ellos notaron que tenía el pelo manchado de sangre. Benedicto les contó lo que había pasado.

—No, no me he caído al suelo, no ha sido nada serio: ni me he mareado, ni me he desmayado. Sólo me he golpeado —explicó quitando importancia a lo ocurrido.

El médico que siempre le acompañaba, el italiano Patrizio Polisca, le examinó la herida, la limpió y la curó. Efectivamente, no era grave. Además, nadie se iba a dar cuenta, estaba en una zona tapada por el solideo. Pero el médico comentó:

—¿Ve, Santo Padre, por qué soy tan crítico con que usted haga viajes?

Entre bromas, y con fina ironía, Benedicto respondió:

—Sí..., yo también soy crítico.

El viaje a México y Cuba fue inolvidable. Regresó a Roma feliz y con nuevas energías. Sin embargo, a su edad, notaba que le faltaban fuerzas para embarcarse en grandes desplazamientos. No era una cuestión irrelevante. Benedicto había visto que para los católicos era decisivo ver al papa en sus propios países. Era impensable un pontífice que no saliera del Vaticano. La cuestión le preocupaba mucho porque tenía una cita muy importante en julio de 2013 en Río de Janeiro para la Jornada Mundial de la Juventud. El Papa no sólo debía asistir, sino que debía participar activamente. Lo vivió con un poco de angustia: él no tenía las fuerzas para viajar. No tenía energías para cumplir plenamente su misión.

Y así, empezó a considerar seriamente la hipótesis de una renuncia al ministerio petrino. Una decisión que ningún papa había tomado desde hacía al menos 600 años.

Tres meses después, casi en verano, lo comunicó a su hermano Georg y a sus más inmediatos colaboradores: había decidido renunciar. Juan Pablo II había incluido esa posibilidad en el Código de Derecho Canónico y no había motivos para no ponerla en práctica.

Decidió anunciarlo al mundo en vísperas del Adviento del año 2012, pero el cardenal Tarcisio Bertone y otros consejeros le pidieron que esperara un poco más, al menos hasta después de Navidad. Así tendrían tiempo para preparar su nueva residencia, podría publicar la última parte de su trilogía sobre Jesús de Nazaret, y poner en marcha el Año de la Fe que él mismo había convocado. El Papa aceptó dócilmente y fijó una nueva fecha «improrrogable», el 11 de febrero de 2013.

Pasaron las semanas y sus confidentes custodiaron el secreto con exquisita prudencia. Tres días antes de dar el histórico paso, Benedicto convocó al cardenal decano Angelo Sodano para avisarle. Además, preparó un borrador con el texto de su renuncia y lo entregó a su segundo secretario, el maltés Alfred Xuereb, para que lo revisara. Se trataba de un texto muy delicado. Era imprescindible que fuera unívoco. Debía dejar claros dos puntos fundamentales: la libertad total con que daba este paso y el momento exacto en el que empezaría el período de «sede vacante».

Además del texto, Benedicto decidió a conciencia la modalidad del anuncio. Quería pronunciar la fórmula ante un público cualificado; por eso convocó a todos los cardenales residentes en Roma con la excusa de un consistorio ordinario para la publicación oficial de la fecha de canonización de tres futuros santos. La cita era en la Sala del Consistorio del Palacio Apostólico del Vaticano, el 11 de febrero a las 10:30 de la mañana.

Las 60 personas que asistieron pensaban que iba a ser un encuentro sin sobresaltos, de quince o veinte minutos, y que en pocas horas regresarían a sus ocupaciones normales. No sospechaban lo que estaban a punto de escuchar. Primero fueron leídos los tres decretos:

—Los beatos Antonio Primaldo y compañeros mártires; Laura de Santa Catalina de Siena Montoya y Upegui; y María Guadalupe García Zavala serán inscritos en el Libro de los Santos el domingo 12 de mayo de 2013.

Aplausos.

Faltaba sólo que el Papa diera su bendición para poner punto final al encuentro. Pero Benedicto siguió allí sentado.

—Tengo una comunicación importante que hacer...

¿Una comunicación importante? El inesperado silencio que envolvió la sala no podía anunciar nada bueno. El secretario del Papa, el alemán Georg Gänswein, se acercó y le entregó unos folios. Estaban escritos en latín, el idioma oficial de la Iglesia. Benedicto empezó a leer con calma.

—Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino.

El Papa leía el texto sin énfasis especial, con la distancia y la sencillez de lo inevitable. Hablaba con la serenidad de quien da un paso decisivo después de haberlo meditado profundamente.

—Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también, y en no menor grado, sufriendo y rezando. Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado.

Estaba a punto de leer la frase más importante de todas. Si lo hubiera deseado, aún estaba a tiempo de dar marcha atrás y retrasar la puesta en práctica de su decisión. Bastaba ponerse de pie y abandonar la sala. Pero no es el estilo de Benedicto.

—Por esto —continuó—, siendo muy consciente de la seriedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de obispo de Roma, sucesor de san Pedro, que me fue confiado por medio de los cardenales el 19 de abril de 2005, de forma que, desde el 28 de febrero de 2013, a las 20:00 horas, la sede de Roma, la sede de san Pedro, quedará vacante y deberá ser convocado, por medio de quien tiene competencias, el cónclave para la elección del nuevo Sumo Pontífice.

Entonces el silencio se convirtió en una losa que bloqueó la Sala del Consistorio.

—Queridísimos hermanos, os doy las gracias de corazón por todo el amor y el trabajo con que habéis llevado junto a mí el peso de mi ministerio, y pido perdón por todos mis defectos.

Esta despedida con disculpa incluida fue el último gesto que confirmó la grandeza y la honestidad de Benedicto XVI. Con ella concluyó su magisterio. El Papa profesor se puso de pie y abandonó la sala sereno, con la mirada hacia el suelo y el paso ligero. Después de meses de cargar con el secreto, por fin había podido comunicar su decisión.

Por aquellas fechas, yo llevaba casi diez años trabajando en Roma, en la agencia televisiva de noticias Rome Reports<sup>1</sup>, y pensaba que ya lo había visto todo. Me equivocaba.

—Dime que no es cierto —me pidió la siciliana Giorgia Di Pasquale entrando como un vendaval en la redacción.

Llegó con Jordi y Verónica, su equipo de periodistas encargados de editar vídeos. En pocos segundos rodearon mi mesa y me bloquearon la salida.

---

1. Se trata de una agencia de noticias especializada en el Papa y el Vaticano. Desde 2003 produce vídeos diarios para televisiones de todo el mundo, especialmente en inglés y español. Publica la mayor parte de sus noticias en la web [www.romereports.com](http://www.romereports.com).

—¿De qué me estás hablando? —le pregunté. Yo estaba trabajando ingenuamente en otros asuntos de supuesta actualidad.

—Mira lo que acaban de publicar las agencias.

Entré en una web especializada y leí un titular con enormes letras rojas que me sentó como una bofetada: «Benedicto XVI renuncia al Papado».

—Calma, tranquilos todos —dije.

No sé si me lo decía a mí mismo o a mis compañeros de trabajo. En pocos segundos, la realidad informativa nos había llevado a una esquina del ring y nos tenía contra las cuerdas. ¿Cómo haríamos para explicar un suceso «imposible», algo que no ocurría desde el año 1415? En la oficina vivimos la renuncia como las noticias de un accidente o de una tragedia meteorológica. No estábamos preparados para algo que-no-podía-suceder. Justo por eso, era clave mantener la cabeza fría y el corazón caliente.

En televisión, el público no se conforma con saber lo que ocurre, quiere verlo con sus propios ojos y sentir lo que sienten sus protagonistas, por lo que nos pusimos inmediatamente manos a la obra.

Recibí un mensaje en el móvil. El portavoz del Vaticano nos convocaba para un *briefing* urgente. Fue la primera confirmación oficial de lo que estaba pasando. Comenzamos a avisar a las televisiones y a establecer conexiones en directo.

Treinta minutos después entré en la Sala Stampa Vaticana, la famosa oficina de prensa de via della Conciliazione 52. Fui con nuestro cámara Arturo Anastasio, un napolitano con enorme capacidad de trabajo, tan minucioso que parece nacido en el norte de Europa. Busqué con los ojos al experimentado corresponsal de la agencia española Efe, Juan de Lara. Estaba sentado, redactando la noticia del año o del siglo. Nos saludamos con la mirada. Llegó el paciente portavoz Federico Lombardi y se mostró excesivamente tranquilo, pero le traicionaba una sonrisa nerviosa. Tenía una misión difícil por delante. También para él todo estaba cambiando. Además, le tocaba explicarlo.

Durante las diez horas siguientes redacté y corregí decenas de noticias, entrevistamos a historiadores, protagonistas y testigos directos de las palabras del Papa, y entré varias veces en directo en radios y televisiones de bastantes países. Seguí la regla periodística de contar lo que ha pasado, lo que está pasando y lo que va a pasar. «Benedicto XVI ha renunciado. Se busca un nuevo Papa. Un desafío para la Iglesia católica...». En pocos segundos nos habíamos visto envueltos en un torbellino de ruedas de prensa, llamadas telefónicas, retransmisiones en vivo y producción de contenidos que duraría varios meses.

Cerca de la medianoche conseguí regresar a casa. Había comprado un poco de pizza por el camino, pero no tenía hambre y me costó terminarla. Tenía la adrenalina al nivel de las estrellas. Encendí la televisión y vi que la Rai, el canal público italiano, estaba emitiendo *La Aventura de la Verdad*, el documental sobre Benedicto que yo había escrito y dirigido pocos años antes. Curiosamente, me dio vergüenza verlo y apagué la televisión. A pesar de encontrarme en el ojo del huracán, en el fondo no conseguía reconocer lo que estaba ocurriendo: era testigo de una Historia con mayúsculas, mucho más grande que cualquier otra noticia cubierta hasta entonces. Me preocupaba caer en la banalidad, ese pecado periodístico que consiste en dar mucha información, pero tan superficial que se eclipsa la grandeza de la historia.

Esa noche dormí mal, un sueño ligero y poco reparador. A intervalos, me adormilaba, me despertaba, miraba la hora. Soñé que el Papa tenía la culpa de este cansancio, porque había renunciado «sin avisar». Tenía pesadillas y estaba preocupado porque tenía que entrar en directo en el informativo estelar de la Televisión Azteca en torno a las diez de la noche de México, que, para mí, en Roma, eran las seis de la mañana. El despertador hizo su trabajo y a las 4:50 ya estaba en pie lamentando lo poco y mal que había dormido.

La cita era en una terraza en via della Conciliazione, la gran avenida que conduce desde el río Tíber hasta la plaza de San Pe-

dro. Desde allí haríamos la conexión en directo. Primero pasé por la oficina para ver las últimas noticias y aclararme la voz con un vaso de leche caliente con miel. Vi que durante la madrugada no había pasado nada. Salí de nuevo de la oficina, de camino hacia el lugar de la conexión. Me impactó abrir el gran portón verde de nuestro edificio y no ver a nadie por la calle. Roma estaba a oscuras, silenciosa, desierta. Desde allí, instintivamente se me escapó la vista hacia las ventanas del dormitorio del Papa en el tercer piso del Palacio Apostólico. Los postigos estaban cerrados, pero por los bordes se escapaba tenuemente un poco de luz. Eran las 5:40 de la mañana. «Se ve que tampoco él ha conseguido dormir bien esta noche», pensé.

Terminada la conexión en directo, caminé con calma de vuelta a la oficina. Recordé que había tenido la suerte de entrevistar al cardenal Joseph Ratzinger pocas semanas antes de que lo eligieran Papa. Después, lo había acompañado en sus viajes a Colonia, Turquía, España, Baviera, Brasil, México, Cuba... Pensé en los dos documentales sobre su vida que había realizado. Calculé que en los últimos ocho años había escrito unos 3.000 reportajes sobre él, casi uno al día. Había leído muchos de sus libros y casi todos sus discursos. Pensé en las veces que lo había encontrado personalmente. Habían sido casi siempre saludos breves, pero todos y cada uno de ellos me emocionaron, me consolaron y me enriquecieron.

Decidí buscar un bar en el que desayunar. Eran las seis y pico de la mañana. La calle seguía desierta y silenciosa hasta que oí abrirse la persiana de una de las cafeterías de Borgo Pio gestionada por una señora polaca y sus dos simpáticas hijas. La emergencia informativa empezaba a diluirse. Y ahí, sin venir a cuento, con un *cappuccino* caliente entre las manos caí en la cuenta de que Benedicto iba en serio. Acababa de contarle en la televisión. Benedicto se marchaba, dejaba de ser Papa. Sentí una especie de nudo en la garganta. Por primera vez me di cuenta de que lo iba a echar de menos.



La renuncia papal tiene un breve epílogo mexicano. Una de las preguntas que más nos hacíamos durante esos días era cómo vestiría a partir de ahora el papa emérito Benedicto XVI. Él mismo lo decidió. Llevaría la sotana blanca, pero sin la esclavina sobre los hombros que es un signo de autoridad.

—¿Y los zapatos? —preguntó alguien al portavoz Federico Lombardi.

—¡Ah, sí! Esto va a gustar a los medios mexicanos —respondió mirándome en la Sala Stampa—. El Papa dice que eran muy cómodos los zapatos que le regalaron durante su viaje a León. No eran exactamente rojos, sino marrones. Quiere seguir llevándolos.

Efectivamente, en León, México, se fabrica quizá el mejor calzado del mundo, y a Benedicto le habían regalado nada menos que diez pares. Con ellos el anciano pontífice había ya dado el paso más valiente de su vida.